

Escenas del exilio español en México (1937-1962)

JAMES VALENDER

Sevilla, Renacimiento-Biblioteca del exilio, 2024, 427 pp.

El autor de este libro es, por razones personales y profesionales, uno de los críticos más capacitados para hablar de los refugiados españoles en México, país donde vive desde 1977. Integrado en la familia Altolaguirre, ha mantenido su rumbo durante casi medio siglo, enseñando e investigando en El Colegio de México, colaborando con el GEXEL, la Residencia de Estudiantes, y cuantos organismos tocan el asunto de cerca o de lejos. El presente volumen reúne 16 de sus escritos, y deja fuera otra larga docena citada en la bibliografía que lo remata; una bibliografía en la que, aparte de las propias aportaciones, destaca medio centenar de entradas relativas a textos de acceso difícil, impresos en torno a la década de 1940. Quien haya intentado abrirse paso por la selva de publicaciones periódicas, efímeras o no, brotada del exilio, sabe cuánto esfuerzo requiere localizar y aprovechar toda aquella balumba, y hasta qué punto tales textos, ignorados u olvidados, pueden respaldar las opiniones vertidas.

Los 16 capítulos se disponen en orden cronológico, lo que contribuye a leerlos como libro de historia; el término exilio es, sin duda, más histórico que literario, y lo mismo puede decirse de la perspectiva que Valender defiende ya en su prefacio. En él, tras recordar que México y la Unión Soviética fueron los únicos países que apoyaron abiertamente a la República Española¹, calcula que a México llegaron entre 20 000 y 25 000 refugiados, cifra que incluía sobre todo obreros y campesinos, pero también intelectuales, entre ellos «más de treinta escritores de primera línea» (p. 10), a los que se sumaron pronto los jóvenes de la segunda generación. Y entre ellos, los poetas fueron «los verdaderos

1 «La diferencia estaba ya entre el gobierno de Stalin, que exigía en lingotes de oro de la hacienda republicana el pago de sus servicios, y el gobierno de Cárdenas, que solo exigió el honor de servir con el desinterés de la auténtica responsabilidad» (artículo anónimo en *Revista Mexicana de Literatura*, 3 (1956), p. 294.

héroes del éxodo..., que según esta noción militante de la historia existían para demostrar al mundo entero la superioridad moral de quienes tuvieron que abandonar su país para defender la causa» (*ibid.*). Los hubo que se mantuvieron a flote, por así decirlo, como León Felipe o Moreno Villa; otros optaron por encerrarse en su concha, caso de Domenchina, Prados, Cernuda, Garfias o Altolaguirre, ejemplos también de quienes alcanzaron su madurez en el exilio mostrando muy distinta permeabilidad respecto a México y sus problemas, a los que se acercaron veteranos como Díez-Canedo y Moreno Villa, y jóvenes como Juan Rejano o Francisco Giner de los Ríos, no tanto los demás. Estos hechos permiten distinguir entre la literatura *del exilio* y la compuesta *en el exilio* (p. 13), según la tensión creada por lo que el autor llama «un conflicto de fidelidades» a la extinta República española y a la nada boyante Revolución mexicana. Valender duda que el *transtierro* (concepto puesto en marcha por José Gaos) hubiera facilitado la adaptación: «el mismo gobierno revolucionario que les había abierto las puertas a los españoles, llevaba años inculcando en sus ciudadanos un resentimiento hacia quienes los habían conquis-

tado en el siglo XVI» (p. 15), algo todavía hoy más perceptible en la capital que en otras regiones del país, según los vaivenes de la política educativa.² El prólogo concluye sugiriendo el interés del diálogo de los refugiados con los mexicanos, así como el recíproco y creciente con los españoles peninsulares e insulares.

En la imposibilidad de dar cuenta de todos los capítulos, seleccionaremos los a nuestro juicio más interesantes. El I, dedicado a Prados, aporta el testimonio de Nancy Cunard, poeta inglesa que publicó, entre otras cosas, *Les Poètes du Monde Défendent le Peuple Espagnol* (1937), y al final de la guerra fue cronista del éxodo republicano y los campos de concentración. En una ocasión denuncia al gobierno francés, que en el campo de Saint-Cyprien habría tratado como delincuentes a unos 500 intelectuales, de 13 de los cuales indica nombre y actividad. También recoge el dantesco relato que le habría hecho Prados de su paso por la frontera entre Portbou y Cerbère, ya en febrero de 1939, en un tren (según él, cargado de explosivos)

2 Una actitud denunciada en un breve y temprano ensayo de Octavio Paz, «La Casa de España», *Taller*, 1 (diciembre de 1938), pp. 57-58.

que se atascó en un túnel sembrado de cadáveres. Dos días después, caminando, pudo llegar a Banyuls, a cuyo mar habría arrojado su *Diario íntimo*, y luego a Port-Vendres, donde topó con Nancy Cunard. Valender aprovecha para estudiar la suerte del poeta, que con su pasaporte diplomático pudo evitar ser internado; su amigo Altolaguirre, que también lo tenía, lo destruyó, para no disfrutar de privilegios. Al parecer, a Prados lo protegió Narciso Bassols, ex ministro de Calles y encargado de la Legación Mexicana en París, que había conocido al poeta en Málaga en 1935 por medio de su paisano Andrés Iduarte, y fue su anfitrión, hasta que en mayo consiguió embarcarlo para México. Huelga decir que Prados, horrorizado por aquellas experiencias, no volvió a ocuparse de política el resto de su vida.

El capítulo II habla de «los primeros exilios de Concha Méndez», así, en plural, porque son varios. Recuerda Valender que Juan Ramón Jiménez salió de España en agosto de 1936, Moreno Villa, en febrero de 1937, y a fines de ese año, León Felipe; también Cernuda dejó su tierra en febrero de 1938. Concha Méndez, con su hija Paloma, pudo llegar a Barcelona en octubre de 1936, y allí

vivió «expuesta a los peligros de un ambiente que sentía no solo ajeno sino incluso hostil...», un primer anticipo de lo que iba a ser la experiencia del exilio» (p. 45). Su marido, Altolaguirre, las recogió en noviembre y las trasladó a Valencia, donde permanecieron hasta marzo de 1937, cuando Concha logró embarcar con su hija en un barco hospital inglés, que las llevó a Marsella. De allí, gracias a una amiga argentina, llegaron a Londres, donde habían vivido varios años antes y había nacido Paloma, y fueron acogidas por Stanley Richardson, luego en Oxford por Moreno Báez. En junio, pasaron a Francia y Bélgica, invitadas por Francisco García Lorca. En Bruselas Concha habría escrito sus primeros poemas de exilio. En marzo de 1938 decidió regresar a España, se instaló en Barcelona, donde entonces vivía su marido, y comenzó a trabajar en tareas informativas. Entonces publicó unas seguidillas, firmadas con pseudónimo, que cantaban los soldados del frente aragonés. Valender subraya lo raro que es el caso de una escritora que compone versos de guerra después de los primeros del exilio (p. 50). En enero de 1939, caída Barcelona, Concha con su hija cruza la frontera en el coche de unos di-

plomáticos y llega a París, donde consiguió reunirse con su marido; primero fueron hospedados por Éluard y finalmente embarcaron para México, aunque por haber enfermado la niña tuvieron que desembarcar en Santiago de Cuba. Poco después en La Habana, con ayuda de amigos cubanos, instalaron su imprenta, «La Verónica», donde se imprimió *Lluvias enlazadas* (título derivado de una casida de García Lorca), que recoge dos libros anteriores de Concha (en especial *Niño y sombras*) y doce poemas nuevos (noviembre de 1939). Valender analiza estos en primer lugar, y pone de relieve que la melancolía y la amargura vividas en horas terribles por la poeta parecen manifestarse mejor en el verso largo, en el que también había denunciado el abandono de la República española por los países vecinos, aunque en *Lluvias enlazadas* prefirió dejar fuera textos combativos y buscar consuelo en su tradición cultural, en este caso acudiendo a romances de Góngora. El libro fue así, como otros publicados poco después de la guerra por Prados, Altolaguirre, Cernuda o Guillén, más bien una antología de su obra anterior, con unos cuantos poemas que, aun escritos en el exilio, no trataban de él.

El capítulo III, de los más originales del libro que comentamos, estudia ese diálogo entre los poetas exiliados y sus colegas hispanoamericanos uno de cuyos primeros resultados fue la antología *Laurel* (1941), cuidada por dos españoles, Emilio Prados y Juan Gil Albert, y dos mexicanos, Xavier Villaurrutia y Octavio Paz, e impresa por la editorial Séneca que dirigía Bergamín. La obra pretendía dar a conocer la poesía en lengua castellana posterior al Modernismo, y acabó incluyendo 38 poetas, de ellos 13 españoles. Valender señala las omisiones voluntarias o involuntarias, algunas difíciles de explicar (Neruda, Nicolás Guillén, Macedonio Fernández, Oliverio Girondo, Tablada, Gilberto Owen, Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou), y discute el prólogo donde Villaurrutia pretende explicar la evolución de la poesía a partir de Rubén Darío y Juan Ramón Jiménez, coincidiendo con lo establecido por Federico de Onís en su famosa *Antología* de 1934, cuyas ideas había heredado del propio Jiménez. Pero también pone pegas a la tesis de Paz, que exagera la importancia de las vanguardias. Al hacerlo, traza una divisoria entre los movimientos, como el creacionismo, derivados de Mallarmé, y el surrea-

lismo, afín a Rimbaud, precisando también que algunos autores se sitúan en este campo más por razones estilísticas que sociales, y concluye que de ambas tendencias, ya enfrentadas en la *Antología* de Diego (1932), la primera está mejor representada que la segunda en *Laurel*, que apenas recoge poesía compuesta en los años treinta, y excluye por completo la de la guerra civil española. «*Laurel* hace todo lo posible por esconder las circunstancias mismas (la guerra civil y el exilio) que hicieron posible que dicho proyecto hispanoamericano existiera», es la desoladora conclusión a la que llega Valender (p. 83).

El capítulo iv, «*Litoral* en México (1944-1945)» lleva un subtítulo significativo: «Decíamos ayer...» En efecto, los cinco poetas que patrocinaron la resurrección de la revista malagueña, Moreno Villa, Prados, Atolaguirre, Rejano y Giner de los Ríos, intentaron mantener su línea —según la hoja de suscripción rescatada por Valender, impresa en papel amarillo. En sus propias palabras, «sorprende la distancia que toman los redactores frente a la historia», ya que las circunstancias no podían ser menos favorables al proyecto. Y lo mismo sucede cuando intentan definir los valores del primer *Litoral*, con lista de sus cola-

boradores que omite nombres importantes como Diego, Giménez Caballero o Hinojosa, para hacerlos coincidir con los valores vigentes en el exilio. Valender descubre que «la voz española de siempre» que la nueva revista quiere rescatar es solo trasunto de la intrahistoria de Unamuno, una concepción idealista de la historia. El *Litoral* mexicano duró tres números entre 1944 y 1945, y de los libros que se proponía publicar, salieron también tres: *Poemas de las islas invitadas*, de Altolaguirre, *El Genil y los olivos*, de Rejano, y el *Cántico* de Guillén en edición ampliada. Según Giner, los poetas refugiados se quejaban de publicar sus poemas en revistas de otras materias, pero Valender recuerda que, a pesar de haber desaparecido *Taller* y *Tierra Nueva*, seguían vigentes *Cuadernos Americanos*, *Rueca* y *El Hijo Pródigo*, aparte *Letras de México*. Según esto, el nuevo *Litoral* no era muy necesario, y su vida fue breve, al parecer, por crisis financiera. Examina luego el contenido de los dos primeros números de la revista, dejando aparte el ocasionado por la muerte de Díez-Canedo, y encuentra en ellos, como denominador común, un rechazo del mundo exterior, o «una interiorización de la conciencia poética», es decir, una

vuelta a la estética de Juan Ramón Jiménez, cuya «Cantada» abre el primer número del nuevo *Litoral*.

El capítulo VI, sobre Ernestina de Champourcin y la revista *Rueca* (1941-1952), estudia esa ejemplar revista mexicana editada por mujeres y abierta, entre muchos otros asuntos, a la actividad femenina en el arte, desde Gaspara Stampa o sor Juana hasta Virginia Woolf, Concha Méndez o la propia Ernestina. Según Alicia Alted, unas 8000 mujeres españolas se refugiaron en México, aunque pocas de ellas tenían la cualificación de María Zambrano, que no escapó al machismo dominante en el país, como tampoco las demás, que vieron en suspenso los avances feministas consolidados por la República. Champourcin colaboró con poesías, traducciones y críticas. A Valender le interesa en especial un fragmento de su novela inacabada *Mientras allí se muere* (*Rueca*, I, 1941), de la que había publicado un adelanto en *Hora de España*, XIX (julio 1938). En este aparecen dos amigas, Camino, burguesa que trabaja como enfermera en un hospital de guerra en Madrid, y su amiga África, convencida comunista, que ha recogido niñas educadas por monjas e intenta convertirlas al nuevo credo. La narración habla de la confusión

general originada por la tiranía de los milicianos, «que tenían derecho a todo y era justo que se les concediera». En el fragmento de *Rueca*, África desaparece y la protagonista se muestra menos comprometida con la causa, y más crítica con los excesos a que estaba dando lugar. Valender sugiere que el segundo fragmento fue compuesto «no para *continuar* o ampliar el de *Hora de España*, sino para corregir su orientación ideológica» (p.147), opinión muy razonable, que además se apoya en la carta que Doménchina, marido de la autora, había recibido de Juan Ramón Jiménez agradeciendo la escena del primer fragmento en que «un gran poeta», llamado para entretener a las niñas, había suscitado sospechas en los milicianos, quienes lo habrían tratado mal («Con esas barbas solo se puede ser fascista», sentencia uno de ellos). El resto del capítulo analiza los poemas de guerra de Champourcin, que denotan asimismo un claro enfriamiento de su fervor político, y su generosa reseña de *Nada* (1944), de Carmen Laforet, lo que indica por su parte una apertura notable en aquellos momentos a la otra España.

Una España que también miraba hacia el otro lado, según se podía. «Dámaso Alonso y el exilio

español en México (1946-1957)», capítulo IX, es un trabajo ilustrativo de la primera de aquellas tentativas. Alonso, de ideología poco favorable a la República, había intentado sin éxito salir de la España del Frente Popular en 1936. En noviembre fue a Valencia con otros intelectuales y publicó poco. Al finalizar la guerra, regresó a Madrid, y consiguió recuperar su cátedra universitaria, pero se resistió a apoyar el régimen, que lo tuvo en el limbo durante años; su libro poético *Hijos de la ira* (1944) ni estaba en la línea esperada por los vencedores, ni fue bien recibido por los exiliados, a juzgar por la reseña de Sánchez Vázquez. Valender se pregunta qué razones podía haber para negarle a Alonso el derecho a escribir una «poesía metafísica», cuando otros, como Moreno Villa, Prados o Altolaguirre, estaban haciendo lo mismo en pleno exilio. Verdad es que Guillén elogió ese libro y, más aún, *Oscura noticia*, ambos lo más opuesto posible a la perspectiva de *Cántico*. En cualquier caso, se conoce la estancia de Alonso en México por la entrevista que le hizo el crítico hondureño Rafael Heliodoro Valle y que Valender extracta. Por ella se ve también que Alonso, a fines de 1948, tiene una pobre opinión de

la novela de posguerra: cita a Laforet, Zunzunegui y Torrente Ballester, sin mencionar a Cela.

También por la prensa se conoce la reacción de algunos exiliados afines al PC. Gabriel García Narezo, recién huido de España, en su «Carta abierta», reprocha al ilustre filólogo que se dedique a hacer turismo por América, sin tener en cuenta las circunstancias de su patria, donde acababan de ser ejecutados los guerrilleros comunistas Gómez Gayoso y Seoane. Valender supone que en México circuló la consigna de no tratar con Alonso, a pesar de lo cual pudo verse con Domenchina, Aub y tal vez Prados y Garfias, aparte de otros más jóvenes. Arana lo atacó más tarde por haber sido admitido en la Real Academia, lo acusó de estar al servicio del franquista Instituto de Cultura, y relata su reunión con jóvenes exiliados, ante los cuales habría leído uno de sus poemas en memoria de García Lorca, probablemente el titulado «La fuente grande o de las lágrimas (entre Alfacar y Víznar)» (*Oscura noticia*, 1944, p. 68), que suscitó censura por no aludir al asesinato como tal. Obviamente, los asistentes no conocían el pequeño volumen de Adonais, en el cual el largo poema «A un poeta muerto» (pp. 101-115) es otra elegía al mis-

mo asunto sobre el que nadie en la Península, por aquellas fechas, hubiera osado ser más explícito³. Sigue luego el autor hablando de cómo Domenchina, en su *Antología de la poesía española contemporánea*, juzgó con generosidad la poesía de Alonso, en lo que fue seguido por Aub, quien considera a *Hijos de la ira* «como parteaguas de la nueva poesía española». Una opinión, como subraya Valender, más dependiente de la coyuntura internacional que de la perspicacia de los lectores.

«La visita de Gerardo Diego a México (1958)» es título del cap. XII, que enlaza con el anterior. Valender explica lo inesperado de aquella visita, puesto que Diego, junto con Manuel Machado, fue de los pocos poetas que se adhirieron a la rebelión militar en 1936, lo que Larrea consideró una traición, aunque parece ser que ambos amigos se reconciliaron hacia 1948, año en que también Altolaguirre publicó una antología de Diego. Luego cartas de Domenchina y de Prados completaron el

acercamiento, ya iniciado por el propio Diego al elogiar a poetas del exilio en fecha tan temprana como 1947 y en una revista como *Arbor*, muy del régimen, luego en Radio Nacional. Diego fue bien recibido en México por Altolaguirre, Cernuda y Prados, quienes con Champourcin, Domenchina y Felipe lo acompañaron durante su estancia, aparte de otro amigo mexicano ya algo caduco, Alfonso Reyes. Según averiguó Valender, Diego pudo impartir seis charlas en México ciudad, y otras tres en provincias, varias de las cuales fueron recitales de su propia poesía, alguna completada con su actuación al piano; una poesía, como es sabido, escindida en dos facetas, clásica y vanguardista. Las conferencias tuvieron poco éxito, según revela una entrevista publicada en *Excelsior*: al responder a ella, Diego rechaza el compromiso en poesía, se confiesa poco aficionado a la novela y al cine, y al juzgar la poesía peninsular apenas destaca autores como Hierro, Blas de Otero o Claudio Rodríguez. Se declara algo decepcionado por haber esperado una acogida más calurosa por parte de los poetas mexicanos, muy aquejados de nacionalismo según Domenchina: Paz, Chumacero, Castellanos, Bonifaz Nuño o Pacheco. El autor

3 Valender cita el primer poema por la *Antología* de Alonso preparada por Philip Silver (1979), que contiene una variante de interés en el v. 5: «¿Por qué entrecorta el agua cual mi llanto?». La primera edición lee: «y no mi llanto».

confiesa no disponer de datos para explicarse el fenómeno. Sin embargo, para Diego el viaje fue positivo, a pesar de la resistencia inicial, ya que reencontró a Altolaguirre, con quien mantuvo siempre contacto por admiración recíproca y común ideario religioso; también fue Altolaguirre quien lo llevó a casa de Prados. Y pudo acercarse a Cernuda, que había publicado poco antes sus *Estudios sobre poesía española contemporánea*, que no trata de Diego, aunque Cernuda apreciaba su poesía creacionista y le estaba agradecido por haber elogiado sus primeros libros y haberlo acogido en su famosa *Antología de 1932*. Una de las experiencias más valiosas de aquel encuentro fue la excursión a Puebla, que Diego realizó en coche con Altolaguirre y Cernuda, con paradas en Acatepec y Ocotlán, lugares cuyas iglesias andaba fotografiando Altolaguirre para su película sobre *El Cantar de los Cantares*, y que recuerda Cernuda en sus *Variaciones sobre tema mexicano*. Más tarde Diego evocó aquel encuentro en dos hermosas décimas. Poco después de su regreso, murieron Altolaguirre, Domenchina y Alfonso Reyes, seguidos de Prados y Cernuda. Al morir este, Diego lamentó su pérdida en el poema «Cuatro años después» y

elogió su último libro, *Desolación de la Quimera*, haciendo hincapié en alguno de sus poemas de tono religioso. El relativo éxito, pues, del viaje, lo atribuye Valender al tacto y la sensibilidad del propio Diego, junto con las circunstancias políticas, mucho más favorables: «Hasta los más combativos de los exiliados habían aceptado por fin que el futuro del país lo iban a determinar, no ellos, los exiliados, sino las nuevas generaciones que iban surgiendo en España» (p. 304).

El último capítulo estudia «La Revolución mexicana y la literatura del exilio español». Comienza recordando «Entre España y México», romance de ritmo endecasílabo compuesto por Pedro Garfias a bordo del *Sinaia* y que fungió como himno de los propios refugiados. Este poeta, nacido en Salamanca (1901) y de vivencia andaluza, había comenzado su andadura en *Vltra*, sin demasiado éxito; afiliado al partido comunista, en la guerra civil fue comisario de varios batallones, y publicó abundantes poemas, muchos deleznable, unos celebrando gestas o personajes, otros procurando adoctrinar neófitos. En 1939 estuvo unos meses exiliado en Inglaterra, episodio que dio lugar a su mejor libro, *Primavera en Eaton Hastings* (México,

1941, fecha del colofón, que corrige la de la portada, 1939). El resto de su vida, errática y bohemia, siempre bajo la protección de su camarada Rejano, la dedicó a escribir en periódicos o a dar recitales poéticos, con voz ronca y cautivadora, según sus oyentes. Sin duda, el poema que analiza Valender es el más valioso de cuantos compuso, mucho más que los dedicados a Asturias o al capitán Ximeno, y estaba destinado al álbum que los pasajeros del *Sinaia* querían entregar al presidente Cárdenas. Los últimos versos, «Pero eres tú, esta vez, quien nos conquistas, | y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!» parecen resumir el agradecimiento de los refugiados, y también su intención de proseguir en su rumbo político incorporándose a la Revolución mexicana. Valender, al examinar esta cuestión, advierte que «a lo largo de su exilio los republicanos pasaron por grandes decepciones que les hicieron replantear una y otra vez el sentido de su estancia en México» (p. 382): los obreros, porque no siempre distinguían entre ellos y los gachupines. Los más conservadores, porque se oponían a cualquier medida de un gobierno izquierdista. Los demás, porque sufrían mal la crítica, viniera de donde viniera. Todo ello se puso de

manifiesto en la campaña para elegir sucesor de Cárdenas, en 1940, y alcanzó su clímax en el artículo del pintor Ramón Gaya sobre el dibujante mexicano José Guadalupe Posada († 1913), que había caricaturizado la vida política durante el Porfiriato, trabajo al que respondió con violencia Diego Rivera, y que indignó también a Neruda, entonces cónsul en México. Intervino Bergamín, con otros, en desagravio de Gaya, quien replicó arguyendo que Rivera no había entendido su texto. Años después (1960) fue Max Aub, con su habitual sentido del humor, quien se burló de la vida que llevaban en México los refugiados, en su *Verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*, cuyo protagonista, don Nacho, camarero del Café Español, representa una clase social a la que la Revolución mexicana no sacó de la miseria y de la ignorancia. Las magistrales páginas en que se describe la clientela del Café, todos empleados del gobierno, pintan las consecuencias de aquella «gigantesca oficina para repartir puestos entre amigos (y sus amigos)» en que se había convertido el PRI, con lo cual la crítica y la burla caía también sobre los propios mexicanos. Valender apunta que aquel mundo del Café español se parece mucho

al de los cesantes retratados por Galdós, y añade que los defectos de ambas sociedades eran igualmente difíciles de corregir. La integración de los *refugachos*, en suma, no era la vaticinada por Gaos ni tampoco por Garfías, sino algo erizado de dificultades cuya superación requería mucho más tiempo del que los exiliados habían previsto.

Hemos extractado tan solo la mitad de los capítulos de este libro, dejando sin tocar otros igual de densos y bien informados, como el XI, «Luis Cernuda, Octavio Paz y el surrealismo (1953-1959)», el XIV, «*Entre las olas solo*. Emilio Prados en México (1939-1962)», o el XV, «Max Aub y su antología de *Poesía mexicana* (1950-1960)». El lector puede estar seguro de que James Valender, con su prosa sobria y su perspectiva imparcial, le aclarará mucho no solo de lo sucedido durante el exilio los 25 años propuestos en el título, sino también de cuanto se ha podido escribir sobre él, que no es pequeño mérito.

Antonio Carreira
Centro para la Edición
de los Clásicos Españoles